ALMAFUERTE
Y LA
GUERRA

UN DISCURSO

UNA EVANGÉLICA

UN APÓSTROFE AL KAISER

UNA CARTA
SOBRE NEUTRALIDAD,
SIMPATIAS ARGENTINAS Y
ESTRAGOS
UNIVERSITARIOS



BUENOS AIRES
1916

Amo de casa:

Señores Ministros:

Señores:

La civilización actual no tiene realmente una patria determinada, aunque haya tenido sus orígenes en alguna de ellas. Después de haber sido prehistórica, de haber sido india, de haber sido egipcia, de haber sido griega, de haber sido romana, de haber sido europea... la civilización es civilización humana.

Todos, hasta los moros de Africa, hasta los indios del Chaco, estamos contaminados con ella e interesados en su salvación.

El ansia de vivir una vida superior dentro de un ambiente sano, cómodo y bello, no es el anhelo de unos pocos, no es el privilegio de una raza, ni siquiera es el distintivo de una época de la historia, aunque así no lo parezca.

La necesidad de mancomunarse para dominar a la naturaleza física, ha creado el instinto de asociación; y el instinto de asociación, para satisfacerse plenamente, ha determinado en el corazón, con otros infinitos, los sentimientos del derecho, de la justicia, de lo bueno y de lo bello, que son los cuatro

rasgos característicos, las cuatro líneas arquetipales de la fisonomía humana.

Así pues: el derecho es una urgencia, una condición indispensable de la vida en común; porque es el único medio de vivirla sin peligros, sin zozobras diarias.

Y la vida en común, — desde la familiar hasta la internacional, — es una urgencia, un requisito absoluto de humanidad.

Un hombre solo, categóricamente solo, paseando su aburrimiento por un mundo deshabitado y silencioso, no sería un hombre; porque carecería de su complemento, que es el otro hombre. Y faltándole su complemento, — el otro hombre, — no tendría ocasión de ejercer o limitar derechos; no podría ser ni justo ni injusto, ni bueno ni malo, ni sabio ni ignorante: sería inferior a las palomas que pasaran en bandadas fraternales sobre su tristísima cabeza...; sería el único, tan deleznable como una pelusa de cardo, tan estéril como una piedra, tan doloroso y tétrico como Luzbel!

La fuerza bruta, el hecho más repulsivo a la solidaridad humana, podrán resolverse en derecho, andando los tiempos; pero nada más que como las heridas se resuelven en cicatrices y las cicatrices en timbres de abolengo. Se resuelven en derecho por la ley de la nivelación, por la fatalidad del equilibrio, porque la vida colectiva así lo exije, porque Dios ha querido que las bestias se inclinen a la domesticidad por el declive del hambre, y los hombres a su perfeccionamiento por el camino de

la tolerancia circundante. que es como decir: por el camino del perdón, por la carretera del olvido, por el carril de la ecuanimidad.

Así solamente la fuerza bruta se hace derecho, el acto injusto se hace principio de justicia, el desentono se hace armonía, la sombra se hace luz.

Aquel cordero miserando que perpetró el crimen horrendísimo de enturbiar con su imagen el agua corriente del señor lobo, no es una síntesis perfecta de la justicia de los hombres. Los hombres no quieren que así sea. Para que así no sea, venimos luchando con nosotros mismos, con la parte de bestia que hay en nosotros mismos, desde el fondo lejanísimo de la prehistoria, desde que por primera vez vimos al sol con ojos humanos, que es como si dijéramos: con ojos de investigador, de esteta y de moralista. Y porque así luchamos, y porque así bregamos por despojarnos de los instintos del bruto, y porque así queremos, con toda nuestra voluntad, sobreponernos al impulso frenético del zarpazo y la dentellada, Dios nos ama todavía y no aparta su faz resplandeciente de la melancólica faz humana.

Esa fulminación a los débiles y a los pequeños que enturbiaron el agua de los poderosos, estará dispuesta en el código penal de los abismos del Infierno; será la ley a los ojos de Satán; pero nunca jamás, a los ojos de Jesucristo, que vive, impera y manda sobre las naciones desde hace veinte siglos. Ser pequeño, ser débil, es comenzar a ser, y no puede constituir una tara irreductible, sino en las regiones subalternas de la fauna inferior, en el en-

trechoque borrascoso de los prostíbulos y de los presidios, en las encrucijadas pavorosas de los caminos de la selva.

Señores:

El horripilante "superhombre" del bilioso mentecato Federico Nieztche; la rozagante "bestia rubia" que imaginó, como un augurio y como una amenaza, su delirante cerebro; el formidable leviatán bíblico de que nos habla Job, por la boca de su desesperación y de su lepra; el señor lobo, hirsuto y feroz, de la fábula clásica, ha levantado su espantable cabeza, ha sacudido su rubicunda melena, ha circulado sus iracundos ojos sanguinolentos por el haz de los pueblos, ha lanzado a los ámbitos del espacio sus aterrantes bramidos, ha levantado su zarpa de hierro sobre todas las bellezas humanas, acumuladas en el espíritu, como un turbante de llamas a lo largo de los tiempos. Pero todas esas bellezas,—armadas de su propia impalpabilidad, fuertes en su propia intangibilidad, inextinguibles, irreductibles, eternas, porque fueron sopladas por Dios en el corazón del hombre cuando lo hizo hombre, cuando quizo crearlo hombre y no un chacal sanguinario y estúpido;—pero todas esas bellezas, repito, se han levantado, también, — faz a faz de la regresión manicomial de un degenerado, pariente putativo del formidable Atila, como una bandada de águilas, como un ejército de arcángeles, como un Olimpo de divinidades injuriadas en su divinidad; y han de vencer para

siempre, jamás, a la superbestia amenazante, como han vencido a la naturaleza, como se han apropiado del universo, como han dominado al rayo, como han esclavizado al mar, como han sometido a los vientos, como han conquistado la región de las nubes, como han domesticado y embellecido y humanizado al lobo mismo, convirtiéndolo en compañero de los niños, en el conductor de los heridos, en el salvador de los náufragos, en el símbolo más espresivo de la lealtad y la sumisión.

Y alzo mi copa y rompo mi neutralidad en esta noche histórica de mi pobrísima vida, en honor de Bélgica, la maestra del heroismo; la que ha puesto su pequeñez de átomo frente a frente de la organización militar más gigantesca que han conocido los hombres; la que no pide ni da cuartel, ni aun desposeída de su propio territorio, como un río que fuese río aun despojado de su lecho, como un astro que fuese astro aun desquiciado de su órbita, como una idea que es idea más allá de las circunstancias que la motivaron y del cerebro que la concibió; como la única vida humana colectiva, para quien no pudo ser escrita la desolante inscripción dantesca, porque espera siempre, porque cree siempre, porque vive siempre, porque es y será siempre, lo mismo que el amor, lo mismo que la solidaridad humana, lo mismo que Dios mismo, a pesar de los cataclismos de la naturaleza y de las catástrofes de la historia.

En honor de la Santa Rusia, cuyos grotescos, vagabundos, inteligente hijos fecundan los campos de mi patria, vigorizan nuestro comercio, ponen elo-

cuencia y hacen redención de los tristes en el seno de nuestros parlamentos; cuyo soberano sufrió las amarguras del ostracismo por amor a las ideas y a los moldes modernos; y propició como un padre del mundo, como un hermano de todos los hombres, el Congreso del Desarme y de la Paz; en honor de la Santa Rusia, repito, nunca más santa que ahora mismo, porque padece hambre y sed y desangramientos y desolación, en nombre de la independencia, de los más pequeños, en holocausto del equilibrio definitivo de las naciones, en beneficio de la democracia universal, en pro de la civilización.

En honor de la vieja Francia, la cuna del refinamiento y la elegancia, del saber vivir y el dejar hacer, tan bellamente filosóficos; la sede histórica de monarquías históricas y de repúblicas también históricas: la madre de Carlo Magno, de Enrique IV, de Luis XIV y de Napoleón I, — y la cuna de Thiers, de Gambetta y de Clemenceau; la redactora del Diccionario Enciclopédico, pleno de blasfemias horribles y de revelaciones salvadoras; la tierra de Voltaire el cínico y de Juan Jacobo el inimitable; de la Revolución; del 93; de la destrucción de la Bastilla; de la Convención Constituyente; de la Marsellesa, de la Declaración de los Derechos del Hombre; la patria de Aetio, el que derrotó a los bárbaros de Atila, a las orillas del Marne hace ya 1500 años, y la patria de Joffre, el que venció a los descendientes de aquellos mismos bárbaros a las orillas del mismo río, hace apenas 365 días...; en honor de Francia, señores, la del finísimo, excelso, inagotable, deslumbrador espíritu!

En honor de Inglaterra, la del armonioso desarrollo físico, la del equilibrio integral; la del valor, la tenacidad, la prudencia y la inalterabilidad características; la madre de Bacon, de Shakespeare, de Milton, de Byron, de Dickens y de Spencer; el imperio de lo incalculable como riqueza pública y como extensión geográfica, con sus enormes, remotos dominios y sus colonias tan poderosas y tan libérrimas como las más poderosas naciones; en honor de Inglaterra, señores, la del comercio estupendo; la que ha echado sobre mi patria, con la nobleza del Sol, — que no baja a la tierra sino en forma de luz y de calor, — una red prodigiosa, tan apretada como una malla de acero, de ferrocarriles y de telégrafos; la de la flota mercante tan numerosa como las olas del mar, y de la flota de guerra tan formidable y tan hermosamente histórica, como si todas las escuadras del mundo le hubieran cedido sus barcos empavesados hasta los topes, con la gloria imperecedera de todos sus almirantes.

En honor de los japoneses, los enamorados del progreso, los rejuvenecedores del decrépito Oriente, los hijos inimitables del Sol que nace.

Y en honor de Italia, la del formidable, la del insaciable imperio Romano; la madre de César, de Pompeyo, de Catón, de Bruto y de Cicerón; la conquistadora de los Galos, de los Iberos y de los Britanos; la que absorbió a Grecia, arruinó a Cartago y destruyó a Jerusalén; la patria del Renacimiento, de las ciencias y de las artes; la que amamantó al Dante, a Galileo, a Machiavelo, a Leonardo y a Miguel

Angel; la inventora valerosa de su moderna pujante monarquía democrática, con su Garibaldi, su Cavour, su Mazzini y sus egregios cerebradores actuales: su Carducci y su D'Annunzio; la de las glorias artísticas que constituyen gloria universal, porque son gloria humana, como su Salvini, como su Zacconi, como su Grasso, como su Novelli. En honor de Italia, repito, por último, la reina del arte, la madre del derecho romano, la cuna cien veces bendita, cien veces histórica de la civilización que, si alguna vez fuese vencida, para castigo de los mortales, dejaría al mundo en tinieblas.

Señores ministros: Por vuestros augustos soberanos, por vuestros admirables ejércitos; por vuestros sabios generales; por vuestros heroicos compatriotas; por vuestras madres, vuestras esposas y vuestros hijos; por los huérfanos de esta guerra, por sus heridos, sus prisioneros y sus muertos; por la victoria final, definitiva, terminante, categórica como la gloria del Sol.

He dicho.

EVANGÉLICA



Evangélica

Para Miss Edith Cavell, en la Eternidad

I

Las lágrimas que, a sollozos, hemos vertido los humanos todos, al anuncio de tu inmolación, no han sido para tí, Eva ilustre, sino para la triste madre que dejaste huérfana.

II

Para tí: el respeto, la gratitud, la admiración de las naciones, por los siglos de los siglos.

III

Tú has salvado el honor de la especie, en esta hora catastrófica, en este momento de bestialismo desbordante, o en forma de crueldad y de codicia, o en forma de aturdimiento y cobardía.

IV

Tú has desarrollado en línea de batalla, como un táctico experto, las energías morales de tu segunda naturaleza, frente a frente de las energías instintivas de la naturaleza originaria.

V

Y tu alma no ha temblado, y tu corazón no ha precipitado sus latidos, y tu juicio no ha vacilado una sola vez, ni en el seno de la conflagración, ni en presencia de tus jueces.

VI

Tú has tremolado las páginas del Evangelio allí donde siempre debieron resplandecer como el ojo de Dios: más arriba de toda ley.

VII

Tú has desautorizado, con un solo gesto magnífico, las teorías regresivas, las habilidades de perro sabio, el cientifismo deshumanizante de las Universidades modernas.

VIII

Tú has hecho avanzar tus propósitos sobre los lomos de los instintos desencadenados, con la férrea voluntad de Jesús, deslizando su mansedumbre a lo largo de las olas embravecidas.

IX

Tú no fuiste a consultar ni con el lobo ni con la raposa, — al par de los sabios, los filósofos y los ilustres, — los rumbos a seguir, las determinaciones a tomar, la ubicación de tu Gólgota.

X

Lo mismo que la paloma no interroga al rinoceronte para desplegar sus alas, o como el capullo de la rosa no toma lecciones, ni de las bestias ni de las plantas, para desabrochar sus pétalos: tú has sacado tu heroicidad de tu propio corazón.

XI

¡Oh sí: tú has dejado a tu corazón humano hacer su belleza humana, a la manera simplísima, al modo espontáneo con que los rosales hacen sus capullos y los capullos hacen su culminación de pétalos y de perfumes, en presencia de los astros!

XII

Tú no has reflexionado, tú no has pesado el pro y el contra, tú no has despertado a tu bestia en el silencio de la meditación, como los mercaderes y los estadistas.

XIII

Tú fuiste recta y veloz como una flecha, hacia donde te llamaba el dolor.

XIV

Cuando pueblos históricos, a pesar de su historia, no descubren, todavía, cuál es su lugar y cuál es su papel, en esta trágica solemnidad definitiva de la Historia Universal: tú has perfilado, ya, una página conmovedora de historia inglesa.

XV

Cuando la neutralidad se ha convertido en un *modus operandi* tan lucrativo, tan tenebrosamente lucrativo como la compraventa de los negros: tú has hecho de tu neutralidad, de tu intangibilidad de mujer, una cruz enorme.

XVI

Cuando el capital, — hijo de la casualidad más que del ingenio, progenie del dolor ajeno más que del trabajo de sus poseedores, — mira caer en los campos atrincherados, — acuchilladas, asfixiadas, ametralladas, — generaciones enteras de hombres y espía como pasan, — sollozantes, semidesnudas, hambrientas, — las madres, las esposas, las hermanas, las prometidas y la prole infantil de aquellos mismos hombres, frío de espanto y trémulo de ansiedad, acurrucado como una alimaña perseguida, en los senos herméticos, inviolables, inadivinables de yo no sé qué antros: tú desparramaste los tesoros de tu altruismo, los raudales de tu caridad, sobre los propios y los extraños, como un rayo de sol.

XVII

Y cuando la prensa diaria, — que es el cuarto poder de los estados modernos, — la literatura, las artes, los sacerdotes, los diputados, los ministros, los príncipes reinantes se venden al oro del que más largamente lo derrocha en esta abominable subasta, en este naufragio de magestades y de valores convenidos; cuando los viejos próceres directivos no afirman en público, todavía, de parte de quien está la justicia, porque no vislumbran del todo, todavía, sobre la testa de quién ha de fulgurar la victória;

cuando todo es animalidad egoista, bestia despavorida, — lo mismo en los ministerios que en los hogares, lo mismo en los bancos de crédito que en el fondo de los tugurios y de las minas; cuando el Sumo Pontífice del Vaticano, — coronado de todas las coronas como el Eterno y revestido de todas las blancuras como los lirios, — no ha declarado aun, terminantemente, categóricamente, desde su áureo trono milenario, si degollar a los niños es un crimen o un hecho de guerra, si se debe, o si no se debe, atar una piedra de molino al cuello de sus matadores y echarlos al mar; cuando la conturbación y el miedo y la venalidad envuelven a la tierra como un gas hediondo; cuando muchísimos hombres, sanos y fuertes, desearían haber nacido mujeres, para refugiarse en las lágrimas y las lamentaciones como las mujeres:

XVIII

Tú, estupenda inglesa; tú, heroica Edith; tú, admirable Miss Cavell, has ocupado sin vacilar, con la serenidad de una flor que se abre en el silencio nocturno, tu puesto de mujer histórica, de cristiana ilustre...

XIX

¡Y asististe a los heridos, y libertaste a los prisioneros, y caiste bajo la cuchilla de las leyes humanas, por no desobedecer las leyes de Dios!

XX

A pesar de las instituciones, de los códigos, de las ordenanzas, de las circunstancias ambientes, a pesar del patíbulo, tú has impuesto a la faz del mundo sobrecogido, el derecho inalienable, el derecho impostergable de amar a tu prójimo como a tí misma.

XXI

Tú has salvado el honor de la especie humana; tú eres el superhombre.

ALMAFUERTE.

La Plata, Noviembre 11 de 1915.

APÓSTROFE

Apóstrofe

(Para mis amigos los Doctores don Carlos Madariaga y don Francisco A. Barroetaveña).

I

Mentecato razonante, — amoral y razonante,
amoral y atrabiliario, —
como aquellos Federicos, tus abuelos,
como aquel tu regio primo que arrojaron a las ondas:
tragicómico.
Personaje de Moliére incorporado a la técnica de
[Hugo:
un mediocre, un secundario,
con desplantes de Nerón, declamatorio y homicida:
medio histrión, medio chacal.
Dulcamara de las artes y las letras
que profanas los prodigios del ingenio
grave y hondo,
noble y fuerte,
de los jóvenes artistas de Alemania,

con los necios cascabeles petulantes
y los místicos remiendos incongruentes
de tu inflada medianía,
de tu enorme fatuidad.

II

Dictador de un pueblo manso,
que a virtud de un cientifismo más brutal que los
[azotes,
le has hundido en el abyecto
gran tragín de los insectos laboriosos:
en su helado mecanismo;
en aquella disciplina de colmena,
que persigue un fin estraño a las abejas.
Democracia encasillada,
donde todos son felices, — donde todos
dan la misma sensación de los felices, —
porque nadie es personal.
Democracia de inconscientes,
de resortes aceitados,
incapaz de las preñeces inefables,
de las madres de los Cristos.
Democracia subalterna, sin historia,
que es idéntica por siempre
de una punta a la otra punta de los tiempos...
¡que es la misma democracia miseranda
que conduces al asalto en batallones,

y la misma que desdoras,
sometida a las liturgias de la higiene
como un torpe lupanar!

III

Mientras tú, — zángano y pulpo,
hiperbólico parásito,
tenebroso, —
te reservas el derecho de ser libre,
de ser hombre, de ser loco,
de ser genio extravagante,
de dar rienda a tus impulsos;
porque Dios así lo quiere, porque Dios así lo manda,
porque Dios te necesita
para el logro de sus planes y designios...
Charlatán.

IV

Asesino coronado,
con las manos empapadas en la sangre de millones de
[inocentes;
de mujeres y de niños y de ancianos, —
base y cumbre de la vida; —
de ignorantes campesinos y de bestias de labranza,—
compañeras de los tristes y los pobres
y factores de riqueza y alegría
como el pobre y como el triste. —
Impostor, grotesco Atila, descendiente putativo

del monarca de los Hunos,
tragediante,
cuyas manos sumergidas en la sangre de cien pueblos,
ya no manchan lo que tocan
con la sangre que destilan;
porque todo está sangriento,
porque todo está purpúreo, como un coágulo fantás-
[tico:
tierra y mar.
Mitológico demonio,
cuyas fauces, cuyos cuernos,
cuyas garras y pezuñas chorreantes
en la sangre generosa de la flor de los varones,
dejarán por luengos años apagadas
las antorchas de Himeneo;
las tribunas populares sin apóstrofes
como bocas desdentadas y sin lengua;
polvorosos y vacíos y yacentes
alambiques y retortas;
el taller de los artistas infecundo,
pues las musas, —
que se entregan ellas mismas al ingenio
de mancebos y de ancianos, —
no darán a otra mujer todas sus gracias; —
mudo y frío,
mudo y trágico,
como un alma bajo el peso de su crimen,
el taller de los obreros, —
maculado con la sangre de los parias de la tierra
y acusado, por la suma de los tiempos y los hombres,
de traición y fratricidio; —

los terrenos de labor, — ayer gloriosos
como el vientre de las madres campesinas, —
hoy siniestros y baldíos, —
deshonrados y horadados
por las furias de la guerra,
cual pudiera deshonrarlos y horadarlos
un ejército de búfalos en marcha,
una piara fabulosa; —
las ciudades enlutadas;
los caminos solitarios;
los portentosos seculares de alarifes ignorados, —
cuyas torres, como súplicas de piedra,
se perdían en las nubes, —
convertidos en refugios de alimañas;
las aldeas, — visitadas por los lobos, —
reducidas a unos viejos y unos niños
haraposos, macilentos, lamentables;
sin honor la humanidad.

V

Invasor indiferente como un bruto,
cual un asno enfurecido,
cual un férvido bisonte trashumante
que no ve lo que destruye con sus patas,
en su fiebre ambulatoria,
en sus ansias de migrar;
invasor indiferente

a lo bello, lo sagrado y lo indefenso, —
que están siempre por arriba
de la cólera del hombre,
como un niño en sus pañales,
como el sol en su dominio sideral; —
destructor de catedrales portentosas,
y colegios, y hospitales, y ambulancias,
y barcazas pescadoras,
y ciudades tan abiertas como el cielo,
y poblados tan risueños e inocentes
como el patio de una escuela:
por jactancia,
por barbarie enardecida,
por llenar de espanto al mundo,
porque así lo hicieron antes los Atilas y Alaricos:
por maldad.
Incendiario de las granjas admirables
de los belgas y franceses;
de jardines y de huertos deliciosos;
de viñedos seculares;
de yocundas, lujuriantes sementeras, —
sudor mismo de los mansos
y alimento de los pobres y los ricos; —
sementeras melodiosas como arpas
y doradas y flotantes como túnicas de oro,
que sembraron manos próvidas y fuertes...
¡más augustas y más fuertes que las tuyas,
ruin taroso,
asimétrico inservible,
mutilado por herencia desde el seno de tu madre,
sanguijuela de los otros,

incapaz de arar un palmo de terreno,
de sembrar cuatro puñados de simiente,
de moler un haz de trigo,
de amasar un solo pan!

VI

Asesino de Miss Cavell;
victimario de mujeres;
victimario de mujeres más heroicas
que tus rudos almirantes, —
que los rudos almirantes
de los barcos de tu escuadra embotellada; --
más heroicas que tu ejército de topos, —
inventor de laberintos, y tuneles,
y trincheras subterráneas, —
que rehuye los encuentros singulares,
las batallas frente a frente,
brazo a brazo,
pecho a pecho,
bajo el sol y a sol medido:
a lo César y Alejandro,
San Martín y Bonaparte,
suerte a suerte, genio a genio, faz a faz.

VII

Asesino de Miss Cavell;
asesino sin entrañas de mujeres estupendas,

imponentes, sobrehumanas:
superiores al estrago.
superiores a su carne femenina,
superiores a la muerte,
como santas, como diosas;
que cruzaban impasibles bajo el fuego formidable
de tus hórridos cañones,
por la zona pestilente de tus gases asfixiantes, —
tan hediondos como tu alma, —
sin más yelmo que sus tocas,
sin más armas de defensa que una cruz atada al
[brazo;
arrastradas al fragor de la contienda, —
como madres que buscaran a sus hijos
a través de los tizones de un incendio, —
conducidas al infierno colosal de los combates, —
¡oh, sonámbulas sublimes!
por el ¡ay! de los heridos,
por la sangre borbotante de los pechos,
por los hipos de agonía,
por la súplica sin ayes de unos ojos nunca vistos,
por el gesto indefinible de los héroes moribundos, —
de los pálidos obreros y aldeanos moribundos, —
que al mirar a la enfermera,
como en síntesis suprema de visiones anteriores,
ven en ella a sus hijitos, a sus padres,
a su esposa, a sus hermanos;
ven en ella a sus amigos y la torre de su pueblo,
que ya nunca, —
nunca, nunca, —
ni despiertos ni dormidos,

verán más,
soñarán más.

VIII

Mientras tú, bajo tus cotas, tus corazas y tus cascos—
fiera indigna de sus garras, —
sumergido en lo más hondo de tus autos imperiales,
artillados y blindados como andantes fortalezas;
custodiado por tu guardia y tus aviones,
en la tierra y en los aires, —
como un mísero Heliogábalo lloroso,
como un viejo Ganimedes angustiado,
inferior a las mujeres
del harem y el gineceo, —
estallabas en histéricos chillidos
azuzando a tus mesnadas
más atrás de tus fortines y tus fosos,
más atrás de tus reservas,
más atrás de los fogones donde hierven tus marmitas,
más atrás del más cobarde de los tuyos...
¡más atrás!

IX

Imperial infanticida; rey Herodes;
ogro enorme de los párvulos de Bélgica,
a los cuales perseguiste por las calles,

por las plazas, por los campos,
por las cuevas y los montes, —
tigre suelto, —
hasta el pié de los santuarios
y el regazo de sus madres;
angelitos intangibles,
querubines inviolables
en su vida, su candor y su belleza,
para Dios y para el hombre;
a los cuales arrancaste las pupilas,
mutilaste las dos manos,
profanaste y degollastes, —
gran maldito, —
por envidia, por venganza, por bestial represalía:
padre triste,
padre lleno de vergüenza,
del borracho incorregible, del imbécil incurable,
que ha de ser, si Dios no media,
como el propio Carlos Quinto de Alemania,
magestad.

X

Corruptor de la conciencia de los hombres;
musa roja de filósofos y sabios,
de políticos y estetas:
Mefistófeles.
Seductor de la gran Virgen, —
de la hija cerebral del padre Zeus;

de la hermética Minerva; —
cuyo pecho saturaste de pasiones inferiores,
de satánicos instintos;
cuyos sesos inefables,
armoniosos, fulgurantes como astros,
sometiste a pensamientos tenebrosos,
disolventes, agresivos:
al pensar de las raposas, si pensasen,
y al ardor del alacrán.
Animal apocalíptico; precursor de las tinieblas,
enemigo del derecho y la justicia;
enemigo de los hombres;
Antecristo.

XI

En un mundo tan estrecho y fugitivo
cual un campo de gitanos,
que hoy es vida clamorosa
y mañana soledad;
en un mundo tan endeble y reducido,
tan astroso y vacilante
como el triste carromato gemebundo,
donde ultrajan a Talía por las plazas y las ferias,
los histriones derrotados,
los tediosos comediantes derrotados,
que darían los imperios de la tierra
por un pan;
en un mundo tan pequeño como éste,

tan pequeño y deleznable,
como el punto deleznable
que un insecto deleznable,
deposita en la bruñida superficie
de una copa de cristal;
en un mundo como este en que nacimos,
así frágil y menguado,
así vil y transitorio,
que hoy es nota bien precisa en el espacio
y mañana no será:
no hay siquiera la esperanza
de una vida y una forma permanentes;
no hay el ámbito geográfico bastante, —
ni alargándole su diámetro
hasta dar con el volumen de cien soles; —
no habrá nunca
ni metales, ni carbones, ni bastantes calorías,
ni energías suficientes,
ni apropiadas resistencias,
para el horno,
para el cráter,
para el círculo dantesco,
para el báratro sin fondo y sin orillas,
para todos los abismos inflamados
que te deben supliciar.
No; la tierra es tan fugaz, tan reducida
como un campo de gitanos:
para tí la Eternidad.

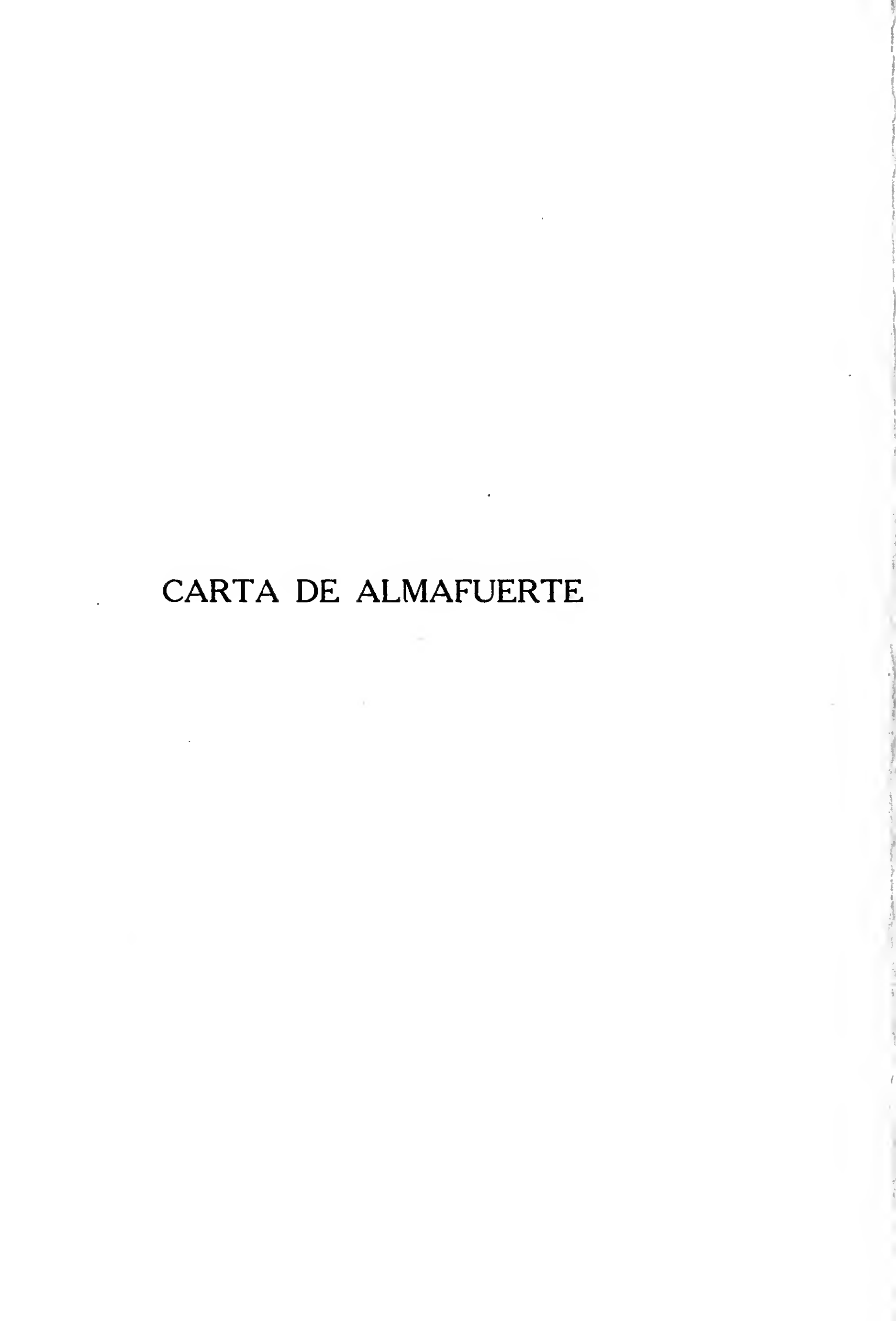
XII

Y la historia es un momento,
una mísera palabra, —
una mísera palabra que resuena altisonante, —
un clamor en el desierto, nada más.
Son los siglos como un sueño:
eran nada y se hacen nada, —
nada misma, olvido mismo: noche y paz. —
Los archivos van al polvo
y a la sombra impenetrable
de un lenguaje incomprensible,
como cuento de otros mundos,
como el verbo de unos seres que no fuesen
ni siquiera el antropoide,
ni siquiera una vislumbre de razón,
de humanidad.
Los azotes de la Historia no castigan:
crean dioses;
crean tipos fabulosos, mitológicos,
arrastrados al dolor por el destino,
condenados al delito por las horas,
sometidos al horror de la tragedia, —
del incesto al parricidio, —
por las fuerzas del ambiente;
porque así lo dispusieron las costumbres,
las pasiones imperantes,
los impulsos del momento,
las herencias y atavismos: lo fatal.

No; la Historia es un momento, una mísera palabra,
una mísera palabra que resuena altisonante...
Para tí, para la serie
larga y negra de tus crímenes horrendos,
cien millones, mil millones de centurias
son un soplo.
Te reclaman los archivos de lo eterno:
vida eterna, fuego eterno, llanto eterno,
sin Plutarcos,
sin siquiera la sonrisa de Caín el fatricida:
dolor pleno, dolor sumo, dolor puro
por los siglos de los siglos;
y en aquella angustia eterna,
tú y Satán.

ALMAFUERTE.

La Plata, Diciembre 29 de 1915.



CARTA DE ALMAFUERTE

Carta de Almafuerte

Sobre neutralidad, símpatías argentinas y estragos universitarios

La Plata, Febrero 21 de 1916.

Sr. Dr. Carlos Madariaga — París.

Mi querido amigo:

Contesto a su carta con un mes de retardo. Usted sabrá disculparme y hasta buscarme las disculpas, si piensa, un momento no más, en las perplegidades que habrán sobrecogido mi espíritu, antes de colocar mi "sagaz ignorancia" frente a frente de la catástrofe humana que está sufriendo, o presenciando, el mundo entero. He aquí mi respuesta:

I

La neutralidad es un estado vergonzoso del espíritu, trátese de hombres o de pueblos, sea por conveniencia, por indiferencia, o por impotencia: es

una supresión del juicio propio y de la acción propia, individuales o colectivos: una situación forzada o voluntaria de insensibilidad, que es una característica de los imbéciles.

Cualquiera que sea, persona o nación, que no se ponga inmediatamente y hasta irreflexivamente, al costado de aquello que entienda por justo, es una persona, o es una nación de no fiar en ella: podrá ser grande; pero no será nunca digna de fe, que es la más alta de las grandezas.

Ponerse de parte del derecho y la justicia, no es un movimiento al que pueda renunciarse sino con la muerte: es una condición determinante, una necesidad imprescindible de vida superior... ¡y si non, non!

Sólo puede ser neutral honestamente, aquel que no sabe de parte de cuál de los beligerantes están la justicia, la razón y el bien general, que siempre es el bien propio, y carece de medios adecuados para enterarse de la verdad original, de los acontecimientos que presencia.

Y aún así mismo, no puede ser enteramente neutral, completamente indiferente; porque aún de lo que no se sabe, algo se sabe; esto es: algo se presiente y adivina.

II

Esperar el término de la contienda, para estrechar entonces la mano del vencedor y vincularse a

él por el comercio, las industrias, las artes, etc., etc., —aunque el vencedor carezca de toda razón, haya cometido los crímenes más repugnantes y espantosos y sea un conquistador injusto y bárbaro,—es un acto indigno, perfectamente vergonzoso, absolutamente miserable; porque es un acto contra natura, contra esa sublime naturaleza que está por arriba de la material y manipulante, que es la que ha sometido la ciencia.

Tan vergonzosa, tan miserable es semejante conducta en una nación que se tiene por civilizada, como sería si se tratara de un individuo que presenciase impasible, sin proferir siquiera un grito de alarma, la lucha desesperada de un transeunte cualquiera con una cuadrilla de apaches, en el silencio y la soledad de una calle obscura... ¡para luego marcharse de verbena, asido al brazo de los asaltantes vencedores!

La seguridad de la vida, del honor, de la propiedad, es patrimonio de todos: en cualquier punto del globo, lejano o próximo, donde aquella seguridad haya sido herida, o simplemente discutida, ha sido puesta en peligro la de todos y, por consiguiente, la nuestra.

III

No ha de entenderse por civilización, por alma de la civilización, los adelantos y descubrimientos científicos, artísticos, industriales, militares, edili-

cios... Nada de eso es civilización por sí mismo, aunque dentro de ella esté y sea elemento y fruto de civilización.

Tampoco puede decirse que un perro es un hombre, porque ande unos cuantos pasos en sus patas traseras; ni que un cuadrumano es una persona, porque juega a las cartas y viste americana, guantes y sombrero lo mismo que un señor.

Somos un mundo civilizado, constituído por naciones más o menos civilizadas; porque los sentimientos de la justicia y del derecho se han extendido, como una atmósfera rica en oxígeno y efluvios marinos, alrededor de la tierra y constituyen el aire respirable de todos los hombres. De manera que, suprimir, o nada más que maltratar a la justicia y al derecho, en cualquier sitio que sea, ya es viciarnos el aire, ya es dificultarnos la vida.

Ser civilizado es haber alcanzado esa segunda naturaleza sentimental que sólo adquieren en parte mínima, los animales domésticos, merced a su contacto con el hombre; es sentir el imperio categórico de la armonía, de la fraternidad en la especie, de la vida sin odios, de la distribución ecuánime de la felicidad.

Aquel viejo árabe que hospedó, sin saberlo, al matador de su hijo mayor, y cuando las circunstancias se lo revelaron, cogió su mejor caballo y se fué hasta el homicida y le dijo: "Eres el asesino de mi primogénito; pero te has amparado bajo mi techo. Monta en este caballo, que es mío como mis hijos, como mi mujer, como mi tienda; monta en

él y huye ahora mismo de este lugar; porque al despuntar la aurora saldremos a perseguirte yo y los míos"... Ese árabe, posiblemente analfabeto, era un hombre civilizado. Más civilizado, todavía, que el sabio químico inventor de los gases asfixiantes y de algún suero contra la tuberculosis.

Porque el viejo árabe ese, tenía sentido moral y fuerza bastante para no perderlo en presencia de los acontecimientos, en medio mismo de su dolor. El sabio inventor de los gases asfixiantes, como el can del ejemplo, dejó de conducirse en dos piés, apenas se le presentó la ocasión de ladrar y ser bestia; y el árabe no: el árabe siguió siendo caballeresco y hospitalario, a pesar de todo.

Esa es la diferencia fundamental entre los pueblos civilizados y los que no lo son: lo que va de un ser humano a un perro sabio.

De modo que, si al rodar de los siglos sólo se ha conseguido el desarrollo de los conocimientos con menoscabo de la segunda naturaleza, el andar de los siglos no ha conseguido gran cosa; porque no ha conseguido la manera fácil de relacionarnos unos con otros, el equilibrio de las fuerzas, la armonía humana, la paz dentro de la actividad: la vida sana y noble, que es aquella que no pesa sobre los hombros de nadie como una cruz de hierro.

El mundo estará completamente civilizado cuando los sentimientos humanos de fraternidad recíproca, se hayan desenvuelto y difundido de tal manera que cualquier desconcierto, que cualquier desnivel en ellos, constituya una aberración sensible a

todos, como a todos resultan sensibles los desniveles de la temperatura.

Desde este punto de vista, cualquiera podría establecer, para vergüenza de los neutrales todos, — inclusive nosotros, inclusive los Estados Unidos de Norte América, — que no estamos civilizados tanto como lo decimos, puesto que no nos damos cuenta de la desnivelación producida.

IV

Nadie entre nosotros, que posea una mediocre inteligencia nada más, puede alegar ignorancia sobre los puntos siguientes:

Francia es la madre de la revolución contra los tiranos, de la clásica, de la impecada, de la que no tiene peros sino para los sacristanes.

La nación francesa vertió su sangre, hizo la gran tragedia, en beneficio de la libertad de todos los pueblos: el mundo entero le debe algo en tal sentido.

La revolución aquella no solamente fué política: convulsionó al espíritu en todos sus puntos; lo fecundizó como a un vientre femenino; no se redujo a romper cadenas, desgarró velos.

Desde entonces, todo gobierno encuentra su freno cada vez que se desboca, y todo pueblo tiranizado tiene, para recurrir a los hechos y libertarse, una jurisprudencia establecida, que ya ninguno osará discutir.

Aquella revolución echó por tierra todos los absolutismos, para siempre, jamás. Bajo su mano de Alcides higienizador de los establos, murieron las tiranías todas, aún la del talento y la belleza, aún la tan espantable de la misma ciencia. Y si no murieron quedaron sentenciadas; porque allí donde se mata a una de ellas, la totalidad de las otras queda herida en el corazón.

La Convención Francesa no hizo la declaración de los derechos de los franceses: declaró y estableció los derechos del hombre.

Si los alemanes se han echado un amo encima, lleno de tantas lacras como de agujeros un cernidor, y si nosotros hemos convenido en una constitución que nos entrega a la buena fe de los presidentes, no es por culpa de los franceses, con seguridad.

La coalición de los soberanos contra la figura estupenda de Napoleón, aparentemente, se realizó para salvar al mundo de la locura combativa de ese hombre genial; pero realmente se constituyó, a fin de cortar los brazos y las piernas a la revolución francesa, para no dejarla ni andar ni hacer por los ámbitos del mundo.

Las viejas maneras políticas se acomodaron después, dentro de la revolución triunfante en el alma humana. Pero no hicieron nada más que acomodarse: no se connaturalizaron con su espíritu. Los ideales distintos, las doctrinas antagónicas no se avienen jamás: o se mantienen frente a frente pugnando por prevalecer, o lo uno mata lo otro.

Así pues, las ideas a la antigua tomaron las posturas menos incómodas, dentro de la fatalidad revolucionaria que las rodeó desde aquella fecha, y así vivieron largos años esperando una reacción. Se doblegaron como las ramas bajo la violencia del huracán. Hicieron lo que el viajero constreñido a pernoctar en una mala cama: aguardar el día acurrucado en el sitio menos endurecido del malhadado jergón.

Esperarán hasta el juicio final; porque el día tan ansiado por aquellas ideas, no amanecerá nunca.

La monarquía en sí misma, la aristocracia en sí misma, la iglesia en sí misma, han fenecido ya: el nuevo orden de cosas las ha desalojado para siempre; porque meras liturgias y meros formulismos palatinos, no son vida, sino apariencia de vida.

Más todavía: los soberanos modernos, cien veces hijos de rey, no permitirán jamás, por ninguna consideración, a pesar del esfuerzo presionante de sus cortesanos más aduladores, ese retroceso hacia el absolutismo que intenta producir el emperador de Alemania, como un Juliano el Apóstata: no les parecería un crimen, les parecería un caso risueño. un arranque de insania. Si al rey de Inglaterra, si al emperador de Rusia, si a los reyes de España, de Italia, de Bélgica, se les ocurriese pensar en aquella regresión de una manera formal, no aguardarían el juicio de sus respectivos pueblos: sospechando ellos mismos la proximidad de la locura, se suicidarían...

De la influencia intelectual estética y social de

Francia, en el desenvolvimiento argentino, no debe ni hablarse. Nuestros médicos reconfirman sus estudios en las clínicas francesas. Nuestros intelectuales, nuestros estetas, nuestros millonarios, nuestras damas sueñan con París como con una ciudad ideal, como una Thulé maravillosa. Nuestros pensionados de Roma, de Florencia, de Madrid, de todos los grandes focos artísticos del viejo mundo, no regresan a la patria sin haber tentado su consagración en la "ciudad-luz", para nombrarla como Hugo.

Y para sintetizar de un solo rasgo, esa influencia soberana, esa diaria visitación espiritual de la vieja Francia a los senos cerebrales y emotivos de nuestra joven nacionalidad: no hay un poeta, no hay un escritor, no hay un argentino que publique dos estrofas, dos párrafos, dos líneas con carácter literario, sepa o no sepa francés, se haya enterado o no se haya enterado de la literatura francesa, que no sea tachado de afrancesamiento, por la gran crítica española, en la manera de decir, o en la manera de pensar, que es más sugestivo. Y esto ha venido sucediendo desde los primeros albores de nuestra independencia.

Dicho esto, entiendo yo que la suerte de Francia debe interesarnos tanto, por lo menos, como las tribulaciones de un aduar africano invadido por la peste del sueño.

V

Inglaterra, sin embargo de su clásico apego a las tradiciones y de la majestuosidad de su monarquía, es el centro ejemplar de las autonomías individuales y colectivas. Cualquier inglés, — cualquier hombre o pueblo, — sometido a las leyes inglesas, es más dueño de su autonomía que el mismo rey de Inglaterra, de su propia persona.

El mar es inglés y por eso es de todos; y si la Tierra fuera inglesa, sería el planeta más libre y más próspero de los que giran en torno del sol.

Nosotros, los argentinos, sabemos algo más: sabemos que Inglaterra nos envía cuantiosos capitales que entierra, que materialmente pone bajo tierra, en forma de vías de ferrocarril, a lo largo de los campos y desiertos, con una rumbosidad, con una fé en nuestro porvenir, casi líricas, generosamente románticas. Sabemos que dentro de cuarenta, de ochenta, de cien años, todos aquellos millones serán propiedad pública, patrimonio de la nación.

Todo eso hace el inglés por nosotros; pero él no se instala a la derecha y a la izquierda, en la casa de en frente y en la del fondo de cada casa de argentinos, para repetir con cualquier motivo, aún los menos oportunos, que "allá es mejor", que "allá es muchísimo mejor".

Ya lo he dicho en otra ocasión: como el sol baja a la tierra en forma de luz y de calor, el inglés

viene hacia nosotros en forma de riqueza y de progreso.

El vive su vida ejemplar de caballero y de padre de familia, o en su palacio de los alrededores de Buenos Aires, o en su "estancia" de la campaña que, por lo regular, es un modelo de organización.

Porque el inglés respeta las costumbres y el carácter de los pueblos que visita, al mismo tiempo que ama y respeta su propio carácter y sus propias costumbres. En ese noble aislamiento de lo plebeyo, de lo genuinamente nacional de cada país, ni se contamina él con lo ajeno, ni pretende contaminar a los otros con lo suyo.

Sin embargo, las costumbres inglesas y el carácter inglés siempre concurren, aquí y en todas partes, a la plasmación del carácter y las costumbres ambientes. Por lo pronto, el caballero inglés constituye el patrón, el molde clásico de la corrección exterior y de la rectitud interior de los hombres distinguidos: el caballero por definición.

Una casa de comercio inglesa es una casa de tanta confianza, de tanta seguridad en el precio y la calidad, que no es posible encontrar una comparación para definirla. Para hacerlo de algún modo, puede decirse que hasta un niño, que hasta un ciego, salen de ella satisfechos de su compra y sin el mínimo temor de haber desembolsado, a causa de su ignorancia o su ceguera, un solo centésimo más de lo que la cosa vale en plaza.

Los comerciantes ingleses carecen de "mostrador", como se dice en todas partes, menos en In-

glaterra. Esto es: no utilizan medios indignos de un hombre decente, para vender sus mercaderías; no saben explotar la ignorancia ajena en provecho de su gaveta. Son tan caballeros en su tienda, como en su club.

Los jóvenes ingleses cuando salen de "juerga", como diría un andaluz, gastan como príncipes y se divierten como niños, con su misma vehemente ingenuidad. No sé yo cuál será el comisario de policía de mi tierra, que haya dado entrada en sus avergonzadores cubículos, a un solo joven inglés acusado de estafar cocheros, o de estafar y maltratar mujeres.

Pero el aislamiento inglés tiene sus excepciones. Nuestra juventud plebeya se está desarrollando sana, fuerte y ecuánime, debido, más que a todo, a la influencia inglesa: los jóvenes ingleses empleados en las grandes empresas inglesas, le han enseñado a remar, a boxear, a jugar al football, a saltar y correr los días festivos, como los escolares en el patio de los recreos.

Es amargo decirlo; pero es una verdad que debe tenerse presente, para no desmayar en lo sucesivo: hace cuarenta años a penas, la plebe juvenil de nuestras urbes y de nuestras pequeñas ciudades, era una plebe sin conducta, visitadora de ciertos sitios en pleno día, alcoholista, reñidora, irascible como una víbora al sol. El santo football y las santísimas lecherías inventadas por uno de los Casares, la han salvado, la han puesto en camino de salvarse. Hoy se la ve estacionada en los sitios públicos, en re-

voltosas y altisonantes dumas al aire libre, conversando a gritos del partido de football del domingo pasado, o del partido de football del domingo siguiente. Y como ya no bebe alcohol, sino leche, y como está adiestrada en el salto, la carrera, la patada y el puñetazo sin rencor, sin represalia furibunda, corre, salta, se estruja, se revuelca, se golpea, todos los domingos, en el campo de juegos donde se congrega; pero no riñe. Es una juventud feliz, — es una juventud que comienza a ser feliz, — llena del santo orgullo de su agilidad, de su destreza, de su alegría, de sus músculos.

La industria inglesa es insuperable; porque, como todo lo inglés, está llena de moralidad. La construcción inglesa no admite parangón, como sinceridad de trabajo, como severidad elegante, como verdad en los materiales. Cualquier objeto de fabricación inglesa, cualquiera, — un reloj, un alfiler, un sombrero, unas botas, la maquinaria que ha de mover un molino, — lleva, por esa sola razón, un sello de mérito, de duración, de comodidad, de calidad, que no han alcanzado todavía, las manufacturas de ningún país del mundo.

De la literatura, de las artes, de la ciencia, de la filosofía inglesa, tomadas en bloque como corresponde a las limitaciones de una carta, afirmo esto que nadie podrá desmentir con buen éxito: dan la sensación de una cabeza bien equilibrada puesta sobre unos hombros robustos, de cuyos hombros penden unos brazos dispuestos a realizar, en bien de todos, lo pensado por aquella cabeza. El esteta

degenerado, el escritor disolvente de las costumbres, el destructor de lo existente por el solo infame deleite de destruirlo, no hallan tierra preparada en el alma inglesa. Ahí están Byron, Oscar Wilde y el mismo Zola.

Y sin embargo, aquel espíritu tan conservador, aquella virtud tan meticulosa y estricta, se abren como una flor humana, se tienden como los brazos misericordiosos de una madre misericordiosa, para recibir en su seno a todos los soñadores dolorosos, a todos los perseguidos políticos de las cuatro puntas del mundo, inclusive los carbonarios del tiempo de Mazzini, inclusive los anarquistas más radicales de Malatesta.

Y no se diga que un espíritu colectivo así limitado por los diez postes del decálogo, sea incapaz del genio; porque sobre Shakespeare, nadie.

Todo esto conocemos de los ingleses, nosotros los ignorantes, los que sabemos las cosas o de oídas, o por observación propia; el Juan Pueblo de nuestro país. Pero sabemos aún más: sabemos que Inglaterra es la madre de la república más poderosa y original que han contemplado los ojos humanos; la metrópoli de un imperio colosal, próspero, feliz, perfectamente libre y absolutamente adherido a su núcleo central; y la primera gran potencia europea que reconoció la independencia de "la nueva y gloriosa nación" en que muchos hemos nacido y en que todos vivimos.

Debiendo tanto como debemos, — directa o indirectamente, en forma de servicio real o en forma

de ejemplo y sugestión, — a la invencible, a la ecuánime Inglaterra, a la nación cuya prosperidad está cifrada, precisamente, en la prosperidad del mundo entero, me parece a mi que, hasta hoy... nuestro sitio está desocupado.

VI

De la madre Italia, — aquí se dice y debe decirse, "madre Italia", "madre España"; — de la madre Italia conocemos lo que todo el universo: su formidable imperio romano; su invasión de los bárbaros; su desgarramiento imperial; su dolorosa edad media; su renacimiento a la luz, del mil quinientos; su unificación nacional, del siglo pasado; su actual monarquía democrática llena de respeto y, acaso, de simpatías y admiración por las ideas modernas más avanzadas.

También se sabe esto: en los monumentos, los templos, las fábricas y los teatros, en las habitaciones de la plebe, la burguesía y la aristocracia, en los puentes, los ferrocarriles, los puertos y los caminos, en las cosas bellas y las cosas útiles, la mano de obra, el sudor vertido, el afán gastado, son italianos, aquí y en los Estados Unidos de Norte América, aquí y en Francia, aquí y en Alemania, aquí y en Suiza, aquí y en casi todos los puntos del globo.

Y como hasta en los oficios más humildes y en en las obras menos ingeniosas y más mecánicas, el espíritu del que los ejerce o realiza les comunica

su idiosincracia personal, su característica propia, el alma flamígera, el alma estética, el alma multiforme de Italia está en todas partes y en todas las cosas sobre la esfera terráquea, y con una gran intensidad entre nosotros: en las líneas de ferrocarriles, en el pavimento de las avenidas, en el techo de paja de las chozas camperas, en la cúpula de las catedrales... en el remiendo de la vieja marmita y en los rayos de oro de la custodia.

Pero los argentinos, desde la cumbre nacional hasta su raíz, sabemos de Italia una cosa más enorme que todas esas cosas; y la sabemos tan bien, tan perfecta y claramente como sabemos que vivimos, como sabemos que sin padre y sin madre es imposible nacer: sabemos que la ardorosa sangre italiana circula por las venas de millones de compatriotas del mismo San Martín; que esos compatriotas de San Martín, — de nosotros, de nuestros hijos, de los hijos de nuestros hijos, — se sienten argentinos, tan rotundamente argentinos como un nativo de diez generaciones, tan argentinos como los gauchos argentinos de la epopeya, tan argentinos como el propio sargento Cabral, a pesar de ser ellos tan rubios como el sol, y el clásico sargento tan atesado y cerdudo como un indio del Chaco; y sabemos, por último, que la evolución de la chusma argentina hacia la belleza física y el desarrollo cerebral, la está realizando el italiano, él solo casi; porque él solo es el que desciende al rancho y al tugurio, como el dios generoso de las tristes y las olvidadas, con el tesoro de su amor, con el rayo de luz de sus besos.

Yo no comprendo, yo no podré comprender nunca, que haya un solo hijo de esta tierra, aunque descienda de alemanes o de austriacos, que no se interese, que no sienta el deber de interesarse por la suerte de Italia, con una emoción profundamente filial.

VII

De los rusos y de los belgas ya es otra cosa. Nuestro Juan Pueblo no tiene una noción bien precisa de ellos.

Sabe Juan Pueblo que Bélgica es un pequeño país enclavado entre Alemania y Francia, como una cuña de separación, como un hito determinante de fronteras; que es una monarquía constitucional; que sus escuelas comunes sirven de estudio y de pauta a muchos de nuestros pedagogos; que su escuela de guerra es una de las mejores y más célebres; que allí, en Bélgica, todo, excepto el heroismo, es pequeño, bien distribuído y asombrosamente organizado.

Ahora sabe, por la resonancia de los hechos recientemente producidos, que la nación belga ha sido víctima de la mala fe alemana y entregada al saqueo, al degüello de niños, mujeres y ancianos, a la destrucción de sus urbes históricas, al ostracismo de su familia real y de sus gobernantes y a contribuciones de guerra tan brutal, tan imperativa, tan perentoria, tan codiciosamente impuestas, que su-

blevarían la conciencia de un capitán de ladrones.

Y sabe y le consta a nuestro buen Juan Pueblo, que todo eso tan espantable, tan horripilante, le acaba de pasar a la pequeña Bélgica, por respetar "las tiras de papel", — para ella tablas de bronce, — en que se establecía su neutralidad de potencia intermedia.

Sabemos bien poco de los belgas, es verdad. Pero sabemos lo bastante, en el caso éste, como para sospechar que con el triunfo de Alemania, nuestra inferioridad numérica nos haría correr un gran peligro, nos sumiría en una constante zozobra. Recién entonces pensaríamos que las Malvinas están ocupadas por el inglés, para nuestra seguridad territorial y no iríamos a conversar de este asunto, como una viuda loca, con los enemigos de la gran potencia que más sinceramente nos ama.

VIII

A Rusia no la conocemos mejor. Ha llegado a noticia de Juan Pueblo, — por las informaciones telegráficas de los grandes diarios, por conversaciones con rusos y por algunos libros baratos y extensamente difundidos, — que aquel país constituye un inmenso, un dilatadísimo imperio; que los pueblos que tal imperio habitan están enfermos de las anhelaciones humanas más inauditas y contradictorias; que allí está en fermento una humanidad extraordi-

naria, tal vez imposible; que en aquella tierra nacieron, vivieron, padecieron y escribieron un tal conde Tolstoy y un tal vagabundo Máximo Gorki; que Tolstoy predicaba la resignación, Gorki la rebeldía y los dos aumentaban la desesperanza y la angustia.

Sabemos, porque lo vemos y lo palpamos, que nuestra población rusa, o de origen ruso, interviene en la política nacional y en su orientación hacia principios y doctrinas más o menos discutidas, pero evidentemente bien inspirados, con una vehemencia, con un empeño, con una pasión de criollos verdaderos y de honda raiz en la nacionalidad. Y es bueno tener presente que, dentro de la fatalidad actual del peligroso cosmopolitismo en que nos agitamos, esta intervención apasionada de los extrangeros, resta muchos, muchísimos peligros, — casi todos los peligros, — a la peligrosa fatalidad esa. Porque quien hace o compone la silla en que se sienta, se interesa en la buena conservación de ella, tanto, o acaso más, que su propio dueño; y el que guisa la comida, difícilmente saliva en su plato.

Lo que debemos evitar por todos los medios, mientras permanezcamos cosmopolitas, es que los extrangeros se mantengan en el caracter de meros espectadores: todo espectador es un fiscal; y los fiscales tienen la costumbre de verlo todo por el sitio de su defecto.

Sabemos que Rusia estaba desprevenida, casi desarmada, sin planes militares y sin municiones, cuando Alemania produjo el actual conflicto, y entre-

gada ardorosamente, tumultuosamente, a su organización a la ultramoderna, tan llena de rumores pavorosos y de estallidos apocalípticos. Y sabemos finalmente, que la Santa Rusia, a pesar de su lucha interior de los dos extremos del espíritu, era y es la aliada fiel de la República Francesa.

Si dice verdad el refrán: "dime con quién andas, te diré quién eres", esa alianza de Rusia con la Francia basta y sobra para que, cualquiera de nosotros, eche los ojos cariñosamente hacia las clásicas estepas y mire con cierta simpatía a los propios cosacos.

IX

De Austria y Alemania Juan Pueblo sabe lo bastante como para no recibirlas muy amablemente dentro de su corazón y de su espíritu, aunque el corazón y el espíritu del Juan Pueblo argentino, como lo establece la portada de la constitución, están abiertos de par en par a todos los hombres del mundo.

Al Imperio Austro Húngaro lo conoce por los diarios escándalos de sus archiduquesas y sus archiduques; por las cruentas, libidinosas, repugnantes tragedias de la familia imperial; por sus morganáticas aventuras amorosas; por la sombría, escueta figura de su patriarca centenario.

Sabe que aquel imperio es un ogro insaciable; y aunque el pobre Juan Pueblo no está muy versado

en geografía, historia, diplomacia, etc., ni conoce gran cosa de la Península balkánica, del pleito del Adriático, del irrendentismo de Trento y Trieste, de Polonias y de Servias, — con todo lo cual hace un enredo indesenredable en su cabeza, — ha llegado a enterarse, en alas de la indignación y el espanto universales, que todo aquello es un mar de sangre y lágrimas, un revoltijo dantesco de dolores, un pedazo de humanidad que se desespera de hambre y frio, — hasta el extremo de disputar a los lobos su hediondo cubil y su piltrafa sangrienta, — bajo el cañón austriaco, bajo la codicia y la crueldad austriacas... bajo la garra poderosa del emperador de los austriacos, empeñado en repartir todo aquello, entre los hijos naturales de sus augustos parientes, los tenebrosos archiduques.

Y si Juan Pueblo hubiera de juzgar a los dos imperios centrales de la Europa, por el vil oficio que suelen ejercer, con bastante frecuencia, en este país, los alemanes y los austriacos, — perdónenme sus defensores, perdónenme sus hijos, perdónenme las dos distinguidas colonias, perdóneme el honesto lector, la sentencia que dictaria el referido Juan Pueblo, es posible que consistiera en la deportación de ambos imperios al planeta más lejano y más obscuro del sistema solar.

Pero de ésto no se hable. Puede ser una pura casualidad tal vez consista en la imperfección de la estadística policial. Por otra parte, cada uno lleva en la sangre, su destino y su oficio y no hay que vituperarlo por eso. Determinismo y nada más.

X

Juan Pueblo sabe que cada alemán es un espía paciente del gobierno alemán, allí donde aquel alemán se haya radicado o esté de paso; que la carta de ciudadanía de que se munen los alemanes residentes aqui, en el Brasil, en Chile, en Rusia, en todas las naciones que les honran con su *carnet* de ciudadanos, son adquiridas con fines aviesos; y que los hijos de alemán nacidos entre nosotros, se sienten y se piensan tan alemanes como el propio Kaiser, al que defienden y endiosan con un ardor que ni a sus mismas madres; y del que dicen que no es loco, aunque asi lo revelan sus actos y sus palabras, porque nadie se animó, todavia, a meterlo en un manicomio, o a precipitarlo en las aguas de cualquier lago, como a su primo el rey de Baviera.

Sospecha Juan Pueblo que la "estancia" llamada de los alemanes, ubicada en campos de Buenos Aires, y propiedad notoria del emperador de Alemania, es el foco de quién sabe qué misterios, la base estratégica de sabe Dios cuáles asechanzas contra la soberanía nacional y la integridad territorial de este país. Y como sospecha eso, sospecha, también, que dentro de cada fábrica, de cada molino, de cada casa, de cada cueva de pertenencia alemana, existen depósitos de explosivos, de armas, de uniformes, de proclamas, de cañones desarmados, puestos allí por si acaso, por la tenebrosa actividad y satánica previsión del gobierno de Berlín. Ya se vió en Rusia algo semejante.

XI

Sabe Juan Pueblo, — porque es una verdad que anda en el aire, como las avispas y como las moscas, — que en Alemania se tiene un concepto primitivo del derecho de los demás: el concepto del derecho de la vida, de la tranquilidad ajena que pudiera tener un piel roja o un señor de horca y cuchillo de las épocas medioevales.

Ha oído hablar de las universidades alemanas como de una cosa estupenda y naturalmente así se las imagina, sin entrar a discurrir, — tal es el poder sugestivo de las palabras universidad alemana, — que todas las universidades del planeta son perfectamente idénticas en el fondo: un criadero de Dulcamaras, un semillero de parásitos dispuestos, desde sus primeros pasos en el aula, a la explotación sin entrañas de la ignorancia, las pasiones y las enfermedades del prójimo. Esto, por lo que respecta a los profesionales que salen de ellas, a vivir más de su título en sí, que de su trabajo y su competencia.

Por lo que atañe a los sabios, a los de verdad, no hay que espantarse tampoco: nada más egoista y antisocial que uno de éstos.

Puede decirse, plagiando a Napoleón, que un sabio por definición es un perfecto imbécil en todo aquello que no sea su especialidad, — que es su pasión, que es su venda.

Su carencia de sentimientos relativos, por falta de ejercicio de los mismos, convierte a cada sabio en

una especie de fósil que anda, en un megaterio de ahora mismo, indiferente al dolor de unos seres que no son de su especie, a las palpitaciones emocionales de una vida que no es la suya. Vive como entre pingüinos y él mismo es un pingüino que vive entre los hombres.

Por lo general están llenos de un orgullo seco, despectivo y fácilmente irritable que provoca en los demás la necesidad de la agresión. Algunos inspiran la misma comedida misericordia que inspiran los ciegos; pero son los menos.

Un sabio de verdad tiene todos los aspectos de un criminal nato: éste no ve a su alrededor nada más que enemigos que hay que suprimir y lo mismo mata *porque sí*, que por una ofensa, o con la misma pasión se apodera de un alfiler que de una barra de oro; el sabio no descubre en torno suyo sino elementos de su prurito científico, medios concurrentes y aprovechables a su fin... y sacrificaría a la humanidad entera, a su padre y a su madre, con la misma impasible cara de vaqueta con que vivisecciona un conejito de la India.

Esto será necesario para que los descubrimientos científicos se produzcan y puede ser bueno y útil en su lejanísima finalidad, — no quiero discutirlo ahora; — pero un hombre de esa catadura, es un anormal y puede convertirse, según las circunstancias, en un anormal peligroso. Díganlo, sino los últimos descubrimientos y los últimos inventos de esta "guerra científica".

XII

La amoralidad del laboratorio y la experimentación, ha producido la odiosa filosofía que se ha infiltrado en el corazón de la juventud y que surge de lo alto de las universidades, también amorales, como el humo hediondo de la chimenea de una usina, como el agua venenosa de un tanque putrefacto.

Esa filosofía que saca sus afirmaciones de una mala química, de una mala física, de una mala biología, de una mala estadística, de una mala historia natural, de una fauna inferior malamente conocida y hasta de una paleontología perfectamente estúpida, es la que ha establecido, por yo no sabría decir qué serie de malignas deducciones, que el hombre es lobo, que el hombre es un erizo con cuyas saetas recíprocamente se mortifica y saca sangre.

Ella es la que predica y cientifica al odio; la que invita a los pueblos a la vida brutal del impudor y al zarpazo; ella es la que no argumenta sino refiriéndose a los cuadrúpedos y a los insectos, a los cuales, pretende ella, debemos ajustar nuestra conducta personal y nuestra organización social; ella es la que nos habla de la misión policial de las alimañas feroces, atribuyéndoles la tarea de la limpieza, de la cremación, diré así, de los organismos inferiores; y ella es la que pretende imponer entre hombre y hombre, entre pueblo y pueblo, entre raza y raza, la misma infame doctrina de la policía, de la fulminación de los más débiles.

Ella, esa filosofía, es la que, olímpicamente despreciativa, llama prejuicios, miserables prejuicios que es indispensable olvidar para siempre, a la segunda, nobilísima naturaleza adquirida por el hombre en su vida colectiva: al honor, a la gratitud, a la lealtad, al patriotismo, a la misericordia, a la piedad. Ella es la que ha denostado al Dolor con los epítetos más deprimentes: la que ha inventado la locura melancólica, la locura sollozante y esa serie de hiperestesias, que enfáticamente distribuye sobre cada uno de los sentimientos, sobre cada uno de los estados de ánimo provocados por las circunstancias.

Biliosos, dispépticos, alcoholistas, enfermos del hígado y los riñones, algunos de ellos periódicos pupilos de los manicomios, los cultivadores de semejante filosofía, tienen que ser misántropos, hoscos, tétricos, escépticos, vesánicos, disolventes, tenebrosos como una noche obscura.

XIII

La vida colectiva, — sea desparramada en las campañas, sea convergida en las grandes ciudades, sea distribuída en soberanías nacionales sobre la redondez de la tierra, — es una vida de familia; porque es una vida originada en la familia. Eso es: una vida basada en el amor y regida por la justi-

cia, el derecho, la ecuanimidad, el buen sentido, la tolerancia, la caridad, la belleza, la alegría de vivir y la mansa sabiduría de la paternidad. Esto es lo normal, lo científico; porque es lo trascendentalmente verdadero, lo realmente humano, lo que conduce a la armonía y evita la disolución.

Para que una vida así se realice, el hombre ha ido desarrollando paulatinamente una larga teoría de sentimientos, que le sirven para vincularse a los otros hombres de una manera más íntima, más espiritual, más unitaria, que la vinculación que le proporcionan sus órganos físicos de relación.

Los hombres no se congregaron ni para hacer ciencia, ni para hacer arte, ni para hacer industrias, oficios o comercio, aunque todo eso hagan: se constituyeron en sociedad por una fatalidad amorosa, por simpatías, por afinidad, por atracción específica. Este es el fin humano; y todo lo que a ese fin obstaculice o simplemente no concurra, — ciencias, artes, literatura, religiones, política, derecho internacional, etc., — ya es inhumano; como inhumano, criminal; como criminal, obra de locos.

A esta finalidad tan sencilla y noble, tan a flor de tierra como los tubérculos alimenticios, solamente pueden desconocerla, y realmente la desconocen, los incompletos, los inconclusos, los malhechores, los incapaces de vida gregaria, que como las ovejas locas, se quedan atrás, extraños a los beneficios y los sacrificios que importa la colectividad, la vinculación, la mutualidad, la ayuda recíproca, la comunidad, la gravitación molecular: el amor.

A esos respetados, engrandecidos, sujestivos, misteriosos pobres diablos que se recluyen en sus laboratorios, o en sus gabinetes de cavilación filosófica; lo mismo a la espera de un suero salutífero que a la especulativa del gas mefítico que ha de sembrar la muerte por campos y ciudades; lo mismo a meditar sobre los trascendentales misterios de las danzas báquicas, — vale decir los saltos de un ebrio, — que a buscar y componer, en lo más recóndito de sus atormentados cerebros, el definitivo, sangriento, aplastador dicterio que ha de lanzarse sobre la dignidad humana; a esos ensoberbecidos pobres diablos que no sospechan, siquiera, las consecuencias finales de lo que hacen y lo que dicen, absolutamente metidos dentro de su minuto, como el último de los gañanes; a esos lacayos de la naturaleza plástica y de las majestades políticas sentadas entre bayonetas, les coje de las narices, cualquiera vez, el déspota de un pueblo, les muestra con un ademán su magnificencia, sus tesoros y sus bayonetas, les cuelga diez cruces al pecho... y les echa por el mundo a predicar el evangelio de la fuerza, o a derramar a grandes puñados, como quien desparramase trigo, el dolor y la muerte, en formas inesperadas y decisivas.

Y ellos, — que odian la cruz como símbolo de amor, de caridad, de fraternización humana; pero que experimentan una deleitosa fruición al sentirla pendiente de sus mugrientas solapas, — regresan a sus cavernas, a vomitar raudales de vileza y a meditar prodigios insuperables de ferocidad.

XIV

He venido hablando del sabio, del especialista, del universitario, del filósofo, — puro cerebro y pura bilis todos ellos; — y no me resulta un pensador, un moralista, un filósofo, un especialista, un sabio francés, italiano, español, inglés, ruso, belga: me ha salido el retrato de un sabio alemán.

Y así es: esta reacción del absolutismo, de la monarquía por derecho de Dios; este agrandamiento monstruoso del histórico militarismo prusiano; esta doctrina de que el derecho está implícito nada más que en la fuerza bruta y no en toda la vida; esta teoría de que lo que puede hacerse es lo que debe hacerse, de que todo lo que se hace es justo y bueno, porque ha logrado hacerse, de que lo ya hecho consagra derechos, por la sola razón de estar hecho; esto de mirarlo todo por el lado de la conveniencia inmediata, hasta el apego a las plantas, los pájaros y los niños; este afán de dar razones para todo, de explicar a cada rato, con un criterio de vendedor de jabón, la utilidad personal de la verdad que quiere predicarse; esa afirmación manicomial de Kant, de que "el imperativo categórico, cuando está envuelto en nubes, pierde su eficacia", — de manera que cuando está nublado y llueve, los hombres quedamos libres del imperativo ese; este otro disparate no menos insensato, de que "el hombre superior, el superhomo del porvenir, será "una hermosa bestia rubia"; esa exaltación del egoismo con el propósito

de convertir a cada hombre en el enemigo latente del otro hombre, y a cada pueblo en el adversario solapado y siempre en acecho del otro pueblo; esa alegría, esa jactancia apenas velada, de haber encontrado un dicho histórico, sobre el que puede afirmarse que los antiguos griegos no sentían el honor "como nosotros", — sin pensar que si esa anécdota y esa frase, *"pega, pero escucha"*, se han hecho clásicas y han traspasado los siglos, será, precisamente, porque fueron inesperadas, porque desentonaron en el ambiente, y el pueblo griego, admirado de ellas, las repitió de boca en boca y las hizo célebres; — ese desgano, esa cobardía, esa conciencia de la inutilidad, no solamente del esfuerzo, sino de la vida misma, propios de los neurasténicos, de los biliosos, de los hipocondríacos; ese prurito de tratar al hombre con un espíritu analítico empapado en vitriolo, a fin de hallarlo un miserable simulador de los sentimientos que proclama, — mientras se colma de calificativos llenos de cariño y entusiasmo, al instinto, la belleza y la sabiduría de los peces, de las aves, de los cuadrúpedos, de cualquier molesto bichejo que zumba por los aires; — ese propósito de entenebrecerlo todo, de desgarrar el último velo, de acorralarnos y acosarnos en el último refugio, de desvanecer el último fulgor de la alegría de ser hombre; ese anhelo enfermizo, esa insana vanagloria de presentir a la humanidad, — mientras se escribe o se medita, entre toses y reumas y desvanecimientos, — postrada y temblorosa como un criminal indigno de la mínima sonrisa, de la mínima justicia,

de un solo rayo de luz; esa comezón del cientifismo, del encasillamiento y la mecanización, de someter a todo el mundo a la tiranía de la ciencia, — que no es más que la tiranía de un hombre más o menos charlatán, que dice profesarla; — eso de asustarnos y enmudecernos, a cada observación oportuna y razonable, con el determinismo científico, el método científico, la doctrina científica, la estadística, la retorta, el alambique, la experimentación, sin poner en la cuenta que, a la estadística esa, la levantaron, de memoria, unos cuantos censistas holgazanes, y la retorta y el alambique, por cualquier motivo, pudieron estar a cargo de un ayudante, tan despreocupado de la ciencia como todos sus congéneres, o bajo la innocua vigilancia del más bruto de los porteros de la Facultad; todo esto junto, — todo eso que acabo de enumerar con la exactitud posible dentro de la rapidez, y, acaso, no lo niego, con alguna vehemencia, — es alemán, completamente alemán, o en su origen, o en su espíritu, o en su adaptación, o en su desarrollo, o en su propagación.

Más bien dicho: todo eso está en la Universidad alemana y ha salido de ella, aunque bajo las cúpulas de sus Facultades no haya nacido positiva y enteramente: allí ha hecho su crisis, ha dado su flor, ha reventado su fruto.

XV

Desde allí, aquel fluído corrosivo, aquel efluvio diabólico, se ha distribuído por todo el orbe: de uni-

versidad en universidad, de cátedra en cátedra, de profesor en profesor, de libro en libro, de mente en mente, y hoy está insuflado, como una substancia desvanecedora, en el alma de los abogados, los médicos, los ingenieros, los literatos, los artistas, los jueces, los hombres de gobierno, los padres de familia, los sacerdotes.

Y por lo mismo que ha bajado de tan alto, esta cosa maldita, se ha hundido hasta lo más hondo. De lo que podríamos llamar cumbres sociales, capas humanas superiores, ha descendido hasta los dolorosos y los ignorantes y les ha disecado el corazón, les ha llenado de púas, les ha empapado en odio y les ha provisto de un vocabulario pretencioso y altisonante, que ellos utilizan en la forma más perentoria y agresiva que les es dado.

Les ha desarmado; y así, desarmados, les ha impelido a la brega. Les ha despojado de su fuerza, de su gran fuerza sugestiva, ejemplarizadora, acusadora, — la nobleza, la profundidad, el resplandor, el poderoso equilibrio de su sentimentalidad, — y les ha puesto en el lugar de eso, tan hermoso, tan envidiable, tan formidable, un puñado de maldades y un diccionario trunco de tecnicismos, que solamente les sirve para cubrir de ridículo su dolor.

Como los filisteos a Sansón, les ha esquilado la testa.

Y ellos, los débiles, los ignorantes, los proletarios, los inermes, los agobiados bajo el peso de la cúpula humana, que necesitan más que nadie del espíritu de justicia desarrollado en las alturas, del imperio

del derecho, de los espacios físicos y morales de la libertad, del sentido de la ecuánime, de la sublime utopía de la igualdad ante la ley, se han echado en brazos del mismo que reniega de todo aquello; del mismo que sostiene que las pasiones, que la desesperación, que los estallidos de la dignidad vejada y comprimida, que los conceptos de la justicia y el derecho presidiendo la totalidad de las relaciones individuales y colectivas, que las emociones más inefables y esquisitas, son grotescas locuras dignas de la indiferencia, de la ironía de los espíritus ilustrados y a veces del manicomio; del mismo que no se atreve a condenar las tiranías, porque él mismo es un tirano, y se reduce a explicarlas mefistofélica, maquiavélica, lacayescamente, por el cómodo procedimiento de los determinismos; de la misma helada filosofía, sacada de los laboratorios como las mistificaciones de Cagliostro, que predica la estirpación de los débiles, — personas o pueblos, — como predica y fomenta la Defensa Agrícola, el exterminio de los gorriones y las liebres; peor, todavía: lo mismo que un muchachote maligno invita a su hermano menor a matar pajaritos, y le adiestra en el manejo de la honda con aquel objeto.

Y ellos, los ignorantes, los cuasi analfabetos, se precipitan a las plazas, en busca de la befa pública, a declararse hombres "conscientes" con una inconciencia que horroriza; a llamar enfermos y degenerados a los que no hacen como ellos; a repetir a grandes voces que tienen estómago, que así acaban de descubrirlo y establecerlo los sabios; a pisotear

furiosamente sobre el corazón humano, — que es su mismo doloroso corazón apasionado, — por la sola razón del descubrimiento ése; y a parlar de la ciencia, de la santa ciencia, de las relaciones científicas del hombre y la mujer, de todas las cosas científicas que andan hoy por el mundo, en un cínico galimatías de ebrio perorador, que provoca náuseas.

XVI

Porque ahora todo es científico, o está sometido a la ciencia, o ha sido previsto por ella: la guerra, la política, la diplomacia, las artes, la crítica literaria, la declamación escénica, la familia, los adornos del aposento, las relaciones de sociedad, el paseante de los bulevares, el cierre de las cartas, el abrazo de despedida, la franca mano del amigo, el beso mismo de los enamorados, — que es el pórtico de las generaciones, el misterio inefable de la perpetuación, la conjunción providencial de dos emociones, — donde la depravación del sabio especialista suele oficiar de luperco.

Un sabio manipula la leche con el objeto de esterilizarla y otro sabio sale demostrando que el sabio anterior la ha convertido en un tóxico; y un sabio psiquiatra receta los besos, pongo por caso, para curar a los locos, y otro sabio, también psiquiatra, dispone los azotes... y los pobres locos tan locos como antes; y un sabio viene y dice que los planetas

están habitados, y sale otro sabio, igualmente célebre, demuestra que aquellos planetas están desiertos y limpios como la palma de su mano; y un sabio geólogo se presenta un buen día con una bola de piedra en el bolsillo, asegurando que la substrajo de quién sabe qué profundidades, y otro gran sabio interviene y dice: "es cierto, la substrajo; pero fué porque la había enterrado él mismo, cuatro días antes"... y por poco no se cojen de los cabellos, enredados en una larga y apasionada discusión como dos sacamuelas, o como el profesor de esgrima y el profesor de filosofía de Molière, — con menos discusión y sabiduría, por cierto, que los clásicos augures, que nunca reñían; — y un sabio nos hace descender del mono con cien argumentos, y otro sabio se pone a refutarlo con otros ciento; y un sabio dice que las paralelas se juntan en el infinito, basándose en sublimidades matemáticas, y otro sabio lo desmiente, basándose en la materialidad de los rieles; y un sabio médico entra cejijunto y brutal en el aposento del enfermo, cerrando las aberturas a portazos, y otro médico, tan sabio como el otro sabio, entra en el propio aposento, — o sonriente o cejijunto, — porque para eso no hay regla y el caso es sujestionar, abatir, someter de algun modo a la gente, — abriendo de par en par las mismas puertas que cerró el otro sabio; y un sabio jurisconsulto afirma que un litijio se va a ganar, "porque asi lo dice este montón de libros", — y los señala, — y el mismo jurisconsulto, en el mismo bufete, contestando al mismo cliente, después de dos o tres años,

declara que aquel pleito se perdió, "porque asi lo dispuso este otro montón de libros", que señala con el mismo gesto que al otro montón.

Pero eso no es charlatanismo, ignorancia, falta de respetos humanos, explotación del prójimo, dubitación, superchería, carencia de principios seguros: todo eso es científico.

Y el espionaje es científico, y la traición es científica y la deslealtad es científica. Y el terror y el espanto que siembra la ferocidad, son científicos.

Y es científico echar a pique barcos de pasajeros y barcos pescadores, mofándose al propio tiempo de la angustia de los náufragos; bombardear aldeas, granjas, monumentos históricos, ciudades abiertas; conscribir millones de jóvenes, higienizarlos, raparlos, afeitarlos, vestirles un uniforme más o menos cómodo, cubrirlos con un casco de cobre, ponerles un fusil en las manos, contemplarlos un momento sonrientes y felices en su vistosa indumentaria, y luego deprimirlos, encanallarlos, abofetearlos y escupirlos hasta arrancarles del corazón la postrera piltrafa de dignidad y de sensibilidad, para lanzarlos después, en formación cerrada sobre la artillería enemiga, azuzándolos por detrás a tiros de carabina y de revolver.

Y es científico fusilar, mutilar, degollar, por pura jactancia de barbarie, viejos, mujeres y niños.

Y es científico que los emperadores, los reyes y los ministros, los generales, todos ellos sabios, no tengan honor, no sean hombres de bien, no respeten sus firmas, e inspiren la misma fé que puede

inspirar un rufián; porque es científico rejir las naciones y comandar sus ejércitos con el criterio maffioso y el corazón corrompido del último de los bergantes. Científico, categóricamente científico, tan científico como la ordenanza municipal berlinesa que prohibe arrojar papeles a la vía pública, que es la culminación definitiva de la civilización humana.

Una protesta, por más suave que sea, contra semejantes monstruosidades; un leve gesto de adhesión hacia el derecho de los desvalidos desconocido por los fuertes; observar cortesmente que, cómo a pesar del esterminio de los débiles, siempre habría alguien mas fuerte que otro, la vida humana se reduciría a una larga serie de eliminaciones que terminaría en el suicidio del último fuerte horrorizado de su soledad; una sola lágrima en los ojos; un solo fugacísimo rayo de humanitarismo, de solidaridad específica con los hambrientos, los desnudos, los desalojados de sus viviendas, los mutilados, los enceguecidos, los degollados, los masacrados; una sola sílaba de condenación para el autor visible, sensible, palpable de la catástrofe que presenciamos estupefactos... eso sí, no es científico, no es acádemico, no es universitario: eso es ignorancia primitiva, atraso, ancestralismo, prejuicio, bobería, reblandecimiento cerebral.

Porque ahora no ha de decirse, pongo por ejemplo: "alcánceme Ud. un vaso de agua", o "este hombre público es un miserable" y demostrarlo con sus propios hechos. No; eso no es científico, no es trascendental; eso es una regresión al asesinato polí-

tico. Ahora, si se tiene sed o se quiere apostrofar a un tirano, debe decirse: "en el fondo del Cosmos, en el seno profundísimo de los tiempos, se plasmó la vida", etc., etc., hasta llegar, después de quince días de ciencia pura, a la aparición sobre la costra del planeta, de nuestro mísero individuo, o de la mala persona a quien censuramos; y estudiando y precisando y ordenando en cuerpos de ejército divisiones, brigadas, escuadrones y compañías, el cúmulo infinito de los atavismos, las herencias y las circunstancias lejanas, próximas e inmediatas que constituyen el imperativo categórico de cada momento, concluir diciendo que nos vemos imperativamente constreñidos a sentir sed y solicitar un vaso lleno de agua; o a pensar y declarar que el hombre público aquel, obedeciendo, como nosotros, a su imperativo categórico, ha hecho una barrabasada.

XVII

El cientifismo universitario, amoral y frío como una cosa fría, ha hecho su crisis en la universidad alemana. De ella, — que la definió y le puso el nombre, — ha surgido esa "hermosa bestia rubia", a la cual es de hombres fuertes y de pueblos ultracivilizados, parecerse de algún modo y tomar de guía de conducta en todas las ocasiones.

Como un Benvenuto enceguecido, el sabio moderno ha echado toda la vida, toda la belleza de vivir,

convertida en ardiente líquido, al seno vacío de su estatua de Júpiter.

La tranquilidad humana, la armonía social, los sentimientos, las nobles pasiones, los prejuicios necesarios a esa tranquilidad y esa armonía, han sido sacrificados en aras de una verdad final que, a pesar del sacrificio, no ha logrado encontrarse.

Como quien, para descubrir el pensamiento más recóndito de su mujer, de su hermana, de su hijo, les trepanase el cráneo y les disecara los sesos, la filosofía alemana ha perseguido con tal vehemencia el por qué de los fenómenos sentimentales, de los conceptos de la justicia, del derecho, del honor, de la caridad, etc., que los ha destruído para siempre, puesto que los ha despojado de su espontaneidad.

La filosofía que eso ha hecho, es una filosofía maldita; y las ciencias que la han apoyado, dignas, en mi concepto, de no haber existido jamás. Merced a ellas, — a su análisis perverso y a su torpe síntesis, — el hombre ha quedado vacío como un barco sin lastre, al azar de las olas...

La glorificación del egoísmo, — en libros alemanes que han corrido, de egoismo latente en egoismo latente, por todos los rincones civilizados y semicivilizados de la tierra, bajo los auspicios poderosamente sujestivos de tan alto origen, — no han robustecido al tipo del *pioner,* no ha generalizado al hombre de acción, persistente y audaz, como pudiera pensarse y acaso se pretendió al escribir aquel panegírico del egoismo.

En grande o en pequeño, según los temperamentos

y los medios, desde los profesores y estudiantes universitarios, pasando por la escala social entera, hasta llegar al más dolorido y enconado de los proletarios, al deglutir, digerir y asimilar aquella fruta diabólica, se ha despertado en todos y cada uno, el superhombre de cloaca, de gavilla, de presidio, que había definido Lombroso: el hombre de presa, impulsivo como todo loco, exigente como todo estómago, enardeciéndose con los dolores que produce como toda bestia feroz.

Y por una combinación y convergencia definitiva de *imperativos categóricos,* cuya enumeración no viene al caso, ni cabría en un volumen de quinientas páginas; o mejor dicho: bajo la presión *imperativa* de un formidable *imperativo categórico* formado por la suma de los *imperativos* parciales, a contar desde Atila, el Imperio Alemán ha dado el primer paso colectivo hacia la ferocidad instintiva, hacia la destrucción, — "porque sí", "porque a mí se me ocurre", "porque así lo manda uno que yo sé y me guía", — de todo lo existente, hombres y pueblos, instituciones y nacionalidades; y acaba de presentarse a la faz del espíritu humano sobrecogido de terror, como la primera *gran nación de presa,* bien redondeada, bien perfecta, bien lombrosiana, lo mejor que han visto las edades.

Bélgica, Francia, Inglaterra, Italia, Rusia, la misma Servia, el mismo Japón, el mismo Portugal, se han propuesto dar caza y clausurar en su jaula a esta bestia cientificada, a este cerdo enorme que tiene su hosadero en las universidades, a este mons-

truo sanguinario que han determinado los *imperativos categóricos,* en el tiempo y en el espacio.

Y lo conseguirán, no nos quepa la menor duda; porque el derecho y la justicia, — esto es: *lo que debe ser alguna vez en todo su esplendor,* — son superiores en fuerza y en instinto *a lo que momentáneamente es, a lo que transitoriamente es,* por más poderosa, por más artificiosa, por más previsoramente que esté organizado.

XVIII

Mi querido amigo:

Todo esto que he escrito no va contra la neutralidad argentina, no alude al silencio de nuestra cancillería, en presencia de los atentados al derecho de gentes cometidos por los ejércitos del Kaiser y del emperador Francisco José. No, ya lo dijo un gran sabio: "en boca cerrada no entran moscas", y no dijo una mentira.

Cuando nuestro nietecito, pasado y enterrado todo esto, nos interrogue sobre la participación que tomamos nosotros, los argentinos, en esta lucha colosal, resolutiva, del derecho con la fuerza, le contestaremos: "Amiguito: a nosotros no nos dió nunca por hacer historia; vivíamos de la historia que hacían los otros. No sea usted necio. Váyase a dormir"...

Con el cariño de siempre, le estrecha contra su corazón.

Almafuerte.

INDICE

ALMAFUERTE

Y LA

GUERRA

UN DISCURSO

UNA EVANGÉLICA

UN APÓSTROFE AL KAISER

UNA CARTA
SOBRE NEUTRALIDAD,
SIMPATIAS ARGENTINAS Y
ESTRAGOS
UNIVERSITARIOS



OTERO & Co
IMPRESORES
PERÚ 856/58

BUENOS AIRES
1916